

la que has echado á perder en mi obsequio, Te darán una de las mas ricas y mas de moda; te lo prometo, á fé de princesa.

— Aunque no pertenece á un humilde criado de vuestra magestad, dijo Walter vacilando, discutir los favores que os dignais acordarle, si me fuese permitido escoger....

— Preferirias el dinero sin duda, dijo Isabel interrumpiendole. ¡Bah! ¡bah! me avergüenzo de decirlo, pero hay en nuestra capital tantos medios de gastar locamente el dinero, que es, darle á los jóvenes, echar aceite en el fuego, y proporcionarles la ocasion de perderse enteramente. Si Dios me da vida, yo remediare semejantes desórdenes. Sin embargo quizá no eres rico, tus padres son pobres.... pues bien, te daré dinero, pero quiero saber en que quieres emplearle.

Walter aguardó á que la reina hubiese cesado de hablar, y la aseguró entónces, con tono modesto, que el dinero pudiera aun satisfacerle mucho menos que la capa nueva que habia tenido la bondad de ofrecerle.

— ¡Que! dijo la reina, ¡no pueden contentarte ni la capa ni mi dinero! ¿Que es pues lo que tú deseas?

— Deseo solo, señora, si acaso no es pretender demasiado, que se me permita po-

der llevar la capa que os ha rendido tan ligero servicio.

— ¡El permiso de llevar tu capa! ¡estás en tu juicio!

— No es mia ya. Habiendola tocado el pié de vuestra magestad, es ahora digna de un príncipe. Es demasiado rica para un hombre de mi clase.

La reina se puso colorada, y procuró cubrir, fingiendo una risa, cierta sorpresa y confusion que no le eran desagradables.

— ¿Han oído vms. jamas cosa semejante, milores? La lectura de las novelas ha trastornado la cabeza de este jóven, y es lástima. Sabré quien es, para enviarle con toda seguridad á sus padres. ¿Quien erés?

— Camarero de la casa del conde de Sussex, que me habia enviado aquí con su primer caballerizo con un mensaje para vuestra magestad.

Desde que pronunció tal nombre, el aire gracioso con que hasta entónces habia mirado la reina á Walter desapareció, y se mostró severa y altiva en sumo grado.

— Lord Sussex, dijo, nos ha enseñado el aprecio que debemos hacer de sus mensajes, por el valor que da á los nuestros. En esta misma mañana, y muy temprano, le habemos enviado nuestro médico, habiendo sa-

bido que su enfermedad era mas seria de lo que creíamos al principio. En ninguna corte de la Europa se halla un hombre mas sabio que el doctor Masters, y se presentaba de nuestra parte en casa de uno de nuestros súbditos. Sin embargo ha encontrado la puerta de Say's-Court defendida por hombres armados de culebrinas, como si hubiera sido un castillo situado en las fronteras de Escocia, y no tan cerca de nuestra corte; y cuando ha pedido en nuestro nombre que la abriesen, le han hecho la afrenta de rechazarle. No recibiremos, al menos por ahora, ninguna excusa del desprecio con que milord ha pagado una prueba de bondad muy grande, pues presumo que el objeto de vuestra comision no era otro que darnos las tales excusas.

Pronunció estas palabras con un tono y un ceño que estremecieron á los amigos del conde de Sussex, que podian oirlas. Pero no por eso se intimidó á quien las dirigia. Cuando dejó de hablar la reina, la miró y la dijo con tono humilde y respetuoso: — Suplico á vuestra magestad me permita la diga que no estoy encargado de presentarla excusas de parte del conde de Sussex.

— ¿Que le ha encargado á vm. pues, señor? dijo la reina con aquella impetuosidad que formaba con otras cualidades las mas no-

bles el fondo de su carácter. ¿Justificarle, ó acaso; cuerpo de Dios! insultarme?

— El conde de Sussex, señora, respondió Walter, conocia toda la gravedad del crimen, y solo ha pensado en asegurarse del culpable y entregarosle á discrecion. Dormia profundamente cuando el doctor Masters ha llegado, porque su médico le habia ordenado á este efecto un remedio, y solo al despertarse esta mañana ha sabido que un mensaje lleno de bondad de vuestra magestad habia llegado mas temprano, y que no habia sido posible dejar entrar al doctor en su cuarto.

— Eso cambia la tesis, dijo la reina mas sosegada. Pero ¿quien ha sido entre sus servidores bastante atrevido para rehusar la entrada del castillo á mi mismo médico, que iba de mi parte á visitar á su amo?

— El culpable está á vuestros piés, señora, respondió Walter inclinándose profundamente. Yo solo soy el culpable, y milord ha tenido razon en enviarme aquí á sufrir las consecuencias de una falta de la que es tan inocente, como los sueños de un hombre dormido lo son de las acciones de un hombre despierto.

— ¡Tú, temerario! ¿tú has rehusado abrir las puertas de Say's-Court á mi médico, enviado por mí! ¿Que motivo ha podido ins-

pirar tanta audacia á un jóven tan adicto...., es decir, cuyo exterior anuncia tanta adhesión á su soberana?

— Señora, dijo Walter, que, á pesar del tono severo que la reina queria manifestar, veía en su fisonomía alguna cosa anunciar no miraba aquel crimen como imperdonable, se dice en mi país que un médico es, en ciertos casos, el soberano de sus enfermos. Y como mi noble amo estaba sometido entónces á un doctor cuyos consejos le han sido muy útiles, y que había declarado que si le despertaban corría gran riesgo su vida, yo no he podido menos de....

— Tu amo se habrá confiado en algun empírico miserable.

— No lo sé, señora; mas lo cierto es que se ha despertado esta mañana en mucho mejor estado que todos los dias anteriores.

Aquí los señores de la comitiva de la reina se miráron unos á otros, no para comunicarse por señas lo que pensaban de esta noticia, sino para descubrir recíprocamente el efecto que producía en cada uno de ellos. La reina respondió al punto, sin disimular su satisfaccion: — Muy bien, me alegro mucho de saber que se encuentra mejor. Pero has sido un atrevido en rehusar la entrada al doctor que habia yo enviado. ¿No sabes que

la Escritura Santa dice que en la multitud de los consejos se encuentra la seguridad?

— Ya lo sé, señora; pero he oido á algunos sabios que pretenden que la seguridad de que habla ese pasage se refiere al médico, no al enfermo.

— Por vida mia, dijo la reina, no sé que replicarle, pues pierdo mi hebreo y mi latin. ¿Que le parece á vm., milord Lincoln? ¿interpreta bien este jóven el testo sagrado?

— La palabra *seguridad*, señora, dijo el obispo de Lincoln, sin duda fué adoptada algo de prisa, pues la palabra hebrea á la que sirve de traduccion....

— He dicho á vm., milord, que se me ha olvidado el hebreo. Pero decidme, jóven, ¿como os llamais, cual es vuestra familia?

— Me llamo Walter Raleigh, señora; soy uno de los hijos menores de una familia numerosa y honrada del Devonshire.

— ¿Raleigh! dijo Isabel despues de pensar un momento. ¿Ha servido vm. en Irlanda?

— Sí, señora, pero no creo haber tenido la dicha de hacer cosa alguna digna de llegar á noticia de vuestra magestad.

— Suelo informarme de muchas cosas, Raleigh. Me acuerdo muy bien de un jóven que en el condado de Shannon defendió el paso de un río contra una tropa de Irlandeses

rebeldes, y tiñó las aguas con la sangre de ellos y la suya.

— Si derramé mi sangre en aquella ocasion, dijo Walter bajando los ojos, no hice sino cumplir con una parte de mi deber, pues toda la que corre por mis venas está consagrada al servicio de vuestra magestad.

— Eres muy jóven, dijo la reina, para haber peleado y para hablar tan bien. Pero es preciso que te imponga yo una penitencia por el pecado que has cometido en haber cerrado la puerta á mi pobre Masters. El buen hombre se ha acatarrado en el Támesis. Llegaba de Londres en donde habia hecho algunas visitas, cuando recibió mi orden, y se ha creído obligado en conciencia á ir al punto á Say's-Court. Asi pues, Raleigh, te condeno á llevar tu capa llena de lodo hasta que me dé la gana de ordenar otra cosa. Y he aquí, añadió dándole una joya de oro, lo que te doy para que lo suspendas á tu cuello.

Walter, á quien la naturaleza habia enseñado el arte que los cortesanos solo adquieren á fuerza de esperiencia, dobló la rodilla, y besó la mano que le dió aquel regalo. Sabia, quizá mejor que ninguno de los que le rodeaban, como debía reunir la adhesion respetuosa que se debía á la reina, al tributo de galantería que reclamaba su hermosura;

y fué tan feliz en aquella primera tentativa que hizo para hermanarlas, que satisfizo al mismo tiempo á la vanidad personal de Isabel, y á su amor por la dominacion.

Pero si la reina se halló contenta de su primera conversacion con Walter Raleigh, el conde de Sussex no tardó en recoger el fruto.

— Milores y señores, dijo la reina dirigiéndose á la comitiva que la rodeaba, ya que estamos en el Támesis, me parece que haríamos muy bien en renunciar á nuestro proyecto de ir á Londres, y sorprender á ese pobre conde de Sussex haciendole una visita. Está enfermo, y sufre sin duda con doble motivo por el temor de habernos desagradado; pero la confesion franca de este jóven aturdido le ha disculpado completamente. ¿Que les parece á vms.? ¿no seria hacer una obra de misericordia el llevarle un consuelo tal como puede darsele la presencia de una reina á la que tiene hechos tan grandes servicios?

De presumir es que ninguno de aquellos á quienes se dirigia este discurso pensó en contradecirla.

— Vuestra magestad, dijo el obispo de Lincoln, es el aire que nos da la vida.

Los militares dijeron que la presencia del soberano es la piedra en que se afila el sable del soldado.

Los hombres de estado pensaron que la vista de la reina es una luz que guía la marcha de sus consejeros.

En fin todas las damas conviniéron unánimemente en que ningun señor de Inglaterra merecía el favor de su soberana mejor que el conde de Sussex, sin perjuicio de los derechos del conde de Leicester, añadieron las mas políticas; pero la reina no pareció darse por entendida de esta escepcion.

Los marineros tuvieron orden de detenerse en Depford, en el sitio mas próximo á Say's-Court, para que la reina pudiese satisfacer su solicitud real y maternal, yendo á buscar ella misma noticias de la salud del conde de Sussex.

Walter, cuyo talento despejado deducía las consecuencias importantes que podian resultar de los acontecimientos mas sencillos en apariencia, se dió prisa á pedir á la reina el permiso de adelantarse en un bote ligero, para anunciar su visita á su amo, dando con destreza por motivo que el exceso de alegría que le causase aquella sorpresa, pudiera ser funesto al conde en el estado en que se hallaba su salud, al modo que el cordial mas eficaz suele ser algunas veces funesto á un enfermo debilitado por una larga enfermedad.

Pero, ora pareciese á la reina que un jóven

manifestaba demasiada presuncion al dar asi su opinion sin que se la pidiesen, ó bien quisiese verificar por sí misma si era cierto, como decian, que el castillo de Say's-Court estaba lleno de hombres armados como una plaza de guerra, respondió á Raleigh, con un tono bastante áspero, que guardase sus consejos para cuando se los pidiesen. Ordenó de nuevo abordar á Depford, y añadió: Verémos que especie de casa tiene el conde.

— ¡Dios nos tenga de su mano! dijo entre sí mismo Raleigh: los buenos corazones abundan al rededor del conde, pero las buenas cabezas son raras, y no está él en estado de dar sus disposiciones. Estarán todos almorzando cuando lleguemos: Blount tendrá sus arenques de Yarmouth y un jarro de ale, Tracy morcillas y vino del Rin, y los pobres Gallois, Tomas, Ap, Rice y Evan, sus sopas de ajo y su queso, cosas todas que no huelen á rosas ni á jazmines; y dicen que la reina detesta los olores fuertes. Si al menos les ocurriese quemar un poco de romero en la antecámara..... ¡Pero allá me las den todas! Es preciso fiarse en la fortuna, y la mia no me ha tratado muy mal esta mañana. Me cuesta una hermosa capa, pero empiezo á entrar en favor. ¡Ojalá conserve el suyo nuestro conde!

La barca llegó pronto á Depford, y habiendo desembarcado allí la reina en medio de las aclamaciones que escitaba siempre su presencia, fué á pié á Say's-Court, debajo de un palio, y acompañada de toda su comitiva.

La algazara y los aplausos del pueblo diéron al castillo la primera noticia de la llegada de la reina. Sussex se consultaba con Tresilian sobre lo que debia hacer para recobrar el favor de Isabel, que creia haber perdido, cuando supo con gran sorpresa que llegaba. No ignoraba el conde que la reina iba muchas veces á visitar á los primeros señores de la corte, sanos ó enfermos; pero su llegada repentina no le daba tiempo de hacer, para recibirla, los preparativos que sabia él lisonjeaban la vanidad de Isabel; y la confusion que reinaba en un castillo lleno de militares, y que su enfermedad habia contribuido á aumentar, no le hacia propio de ser honrado en aquel momento por la presencia del soberano.

Maldiciendo interiormente la casualidad que le proporcionaba aquella graciosa visita tan de improviso, se dispuso á bajar de prisa con Tresilian que acababa de contarle la historia de Amy.

— Mi querido amigo, le dijo, puede estar vm. seguro de que, ya sea por justicia, ya por afecto, le sostendré en este asunto con todo

mi influjo. Probablemente vamos á ver ahora mismo si me puedo lisonjear de tener todavía algun crédito para con la reina, ó si le será á vm. mas dañoso que útil el que apoye yo la demanda.

Al decir esto, se ponía una gran bata forrada en pieles, y se acababa de vestir lo menos mal que el tiempo le permitia, para presentarse delante de su soberana. Pero, por mas que hubiese podido hacer, jamas hubiera disimulado el estrago que una enfermedad peligrosa habia hecho en sus facciones que no eran del todo agradables. Por otra parte era pequeño, y aunque corpulento, ancho de espaldas, propio á todos los ejercicios militares, el modo que tenia de presentarse en un salon no era el de uno de aquellos hombres sobre los cuales los ojos de las damas suelen fijar mas su atencion. Por eso se suponía que este exterior desfavorable daba á Sussex, á pesar de lo que le estimaba Isabel, una grande desventaja en el ánimo de la reina, al compararle con Leicester, que era el mejor mozo entre todos los cortesanos.

Por mas prisa que se dió el conde, solo pudo llegar al momento en que la reina entraba en el salon, y notó al punto que no estaba muy satisfecha. Habia visto el castillo guardado con tanta precaucion como en tiempo de guerra,

y lleno de soldados y caballeros armados; y las primeras palabras que pronunció manifestaron su desagrado.

— ¿Estamos, milord, en una plaza sitiada, ó habemos tal vez pasado el castillo de Say's-Court, y desembarcado en nuestra torre de Londres?

Lord Sussex empezó á balbucir algunas excusas.

— No hay necesidad de excusarse, milord, le dijo, es inútil. No ignoramos la rencilla que existe entre vm. y otro señor de nuestra casa, y tenemos el designio de intervenir incesantemente en ella, y de reprimir la libertad que se toman vms. dos de rodearse de gente armada, y pudiera decir de espadachines pagados, como si á las puertas de la capital y al lado de nuestra residencia real se preparasen vms. á una guerra civil el uno contra el otro. Nos alegramos de ver á vm. algo mejor, aunque sea sin los socorros del sabio médico que habíamos enviado aquí. No hay necesidad de excusas, milord; sé todo lo que ha pasado sobre eso, y he reprendido como convenia á ese jóven aturdido, Walter Raleigh, al cual, entre paréntesis, pienso echar de su casa de vm. para recibirle en la mia. Tiene cualidades que se desarrollarán mejor allí que entre la gente armada de que está vm. rodeado.

Sussex respondió á este anuncio con un saludo respetuoso, aunque no podia comprender por que motivo tomaba la reina tanto interes en favor de aquel jóven. La suplicó aceptar alguna cosa, pero nada quiso ella recibir. Y despues de algunos lugares comunes de ceremonias mas frias que lo que hubiera podido esperarse al dar un paso que se debia considerar como un favor, la reina partió de Say's-Court, en donde su llegada habia sembrado la confusion, y dejó su salida la duda, la desazon y el temor.

